

ENNIO FLAIANO


# Tiempo de matar

Traducción de  
Carlos Clavería Laguarda

*... tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de...*

ECLESIASTÉS, 3:3

# El atajo



Me maravillaba seguir vivo, pero estaba cansado de esperar que llegara el socorro. Cansado, sobre todo, de los árboles que crecían en el meandro o allí donde hubiera un trozo de tierra apto para una semilla a la que le hubiera tocado acabar allí sus días. El calor, una atmósfera mórbida que ni siquiera la brisa de la mañana conseguía refrescar, hacía que los árboles tuvieran el aspecto de animales disecados.

Desde que volcó el camión en la curva de la primera cuesta abajo no había dejado de dolerme la muela, de nuevo. Ahora, un impulso que sentía irresistible (quizá la impaciencia por culpa de la neuralgia) me animaba a dejar aquel lugar.

—Me voy —dije al tiempo que me levantaba.

El soldado que fumaba feliz y contento, dispuesto a compartir conmigo los imprevistos que trajera la nueva aventura, se ofuscó.

—¿A dónde? —preguntó.

—Allá, por lo del río.

Todavía no se veía el río, pero estaba allí, en un lecho excavado durante siglos y vigilado por algún que otro cocodrilo pigro a la espera de lavanderas. Esperaba poder encontrar un camión que me llevara al otro lado del valle. Mejor llegar al altiplano antes de que anocheciera; en caso contrario, iba a malgastar uno de los cuatro días de permiso que me habían concedido para ir al dentista.

Sí, debía irme. Más allá del valle, recortado en el blanco cielo, aparecía el perfil del otro lado del altiplano. El río había excavado

las montañas y las había dejado peladas como huesos. Las dos crestas distaban kilómetros; no sé cuantos, porque las distancias engañan con esta luz que perfila con precisión las minucias más alejadas: quizá eran cinco o seis, los kilómetros. Alcanzada la cresta, el altiplano, con la vida calma de los depósitos de Intendencia. Un poco más allá, la palabra domingo hubiera recuperado el significado: iba a encontrar el primer catre con sábanas en mucho tiempo, el primer quiosquero; y un dentista.

El soldado no se resignaba.

—Espere —decía—, alguien pasará.

Miré el camión, panza arriba y con las ruedas apoyadas en la pared escarpada, y dije no con la cabeza: no pasaba nadie. Pasó solo un coronel, tan aburrido como un general. Y la petulancia del soldado empezaba a molestarme. Que nos hubiéramos salvado no era razón suficiente para enseñarnos fotografías, hablar de nosotros, imaginar el día del regreso a Italia. Sin embargo, me disgustaba abandonarlo.

—Así pues, ¿me deja solo?

Empecé a recoger mis cosas, la mochila, el cinturón con el revólver. Para mitigar el hecho de escapar busqué un pretexto, pero era un mal pretexto: le dije que si encontraba un camión por la parte del río (los conductores se paraban a menudo para darse un baño), volvería para ayudarlo. El soldado fingió creerme y esta imprevista y hostil condescendencia suya me ruborizó. Me estrechó la mano fríamente, verdaderamente desilusionado. Bastaron cincuenta pasos para que un recodo del camino me los escondiera, a él y su camión; no he vuelto a verlos.

¿Quedaba muy lejos el puente? Podría haber tomado un atajo, pero no confío demasiado en los atajos africanos. De vez en cuando, la carretera que seguía el curso del río daba en un sendero que, tras varios cambios de rumbo, se adentraba en el bosque.

No hice caso de los atajos y, así, tras dos horas (hacía más calor y los árboles habían aumentado de manera aterradora, aunque seguían siendo de papel maché, viejos y untosos, como ancianos de una religión en desuso), vi que el bosque se hacía espeso y que el camino se volvía arenoso y cálido. Se me apareció de repente el río. Construían otro puente.

Había entre los árboles, enormes, alguna cruz; bajo la cálida arena, en ataúdes improvisados con los cajones de la carne en lata y de las galletas, yacían algunos cadáveres. Había soldados que decían «no puedo más» y penaban para convencer al sargento, luego al teniente y luego al capitán de que les permitieran descansar. Y algo en aquella naturaleza (quizá la arena gris, las yemas de los árboles) les advertía que el verdadero descanso estaba a punto de comenzar. Los que meten en grandes cajones las galletas y la carne, allá lejos a miles de kilómetros, ni se imaginan que la madera resulte aquí algo precioso. ¡Madera tan frágil! Un cajón siempre puede ser útil, y quien posee uno decora la tienda con un mueble extraordinario: en los periodos de paz tiene tiempo para colocar encima la foto de la amada, entre un libro y el saquete con el tabaco. Es más fácil procurarse una mujer a la que amar que un cajón de madera.

No vi ni un camión. Los operarios habían dejado de trabajar por culpa del calor, y comían. Eran recién llegados, a juzgar por las grandes gafas de sol de las que todavía no se habían librado. Sentados a la puerta de las tiendas, hablaban con el *carabiniere* del puesto de control, sorprendidos aún de verse por estas tierras, en esta África tan diferente a la que habían imaginado.

Así pues, ni un camión. Dijeron que el que trabajaba para el puente se había ido hacía poco. De hecho, se oía a lo lejos el motor: renqueaba en la subida.

—¿Vuelve?

—Mañana —dijo un trabajador que se maravilló de que yo no conociera aún estos detalles—, volverá mañana con víveres y con el correo.

Víveres y cartas. Toqué a través de la tela la última carta que conservaba de Ella. Había llegado el día anterior. Una carta larga, letra densa y bien delineada, redonda pero elegante, que llenaba toda la hoja y no dejaba en blanco ni los márgenes: una carta que debía ser leída más de una vez. Si no aparecía el medio de transporte me iba a tocar quedarme allí. Empezaba a perder la calma, empezaba a naufragar el viaje. Expliqué entonces de dónde venía, lo importante que era para mí llegar al altiplano y conté lo del accidente. Yo hablaba y ellos me miraban impasibles. Es cierto que no me esperaba despertar mucho interés, pero los trabajadores no

hicieron comentarios ni propusieron soluciones. África está llena de camiones volcados.

—Es difícil que a esta hora pase un camión —dijo al final el *carabiniere*.

Esbozó algunas hipótesis: habló de columnas de vehículos que quizá pasaran, o quizá no pasaran. Y mientras hablaba me miraba, tumbado en el suelo y con el casco apoyado en la frente.

—Si emprendo la subida, ¿dónde están los primeros vehículos?

—Hay un comando a doce kilómetros, en la cresta —dijo el *carabiniere*, y bostezó largamente.

Doce kilómetros eran tres horas de marcha, siempre que por el calor no se convirtieran en cuatro, y era el peor momento para afrontar una empresa como aquella, pero debía tomar una decisión.

—Según vosotros, ¿cuánto podría tardar?

Con las primeras respuestas, pude adivinar lo inútil de la pregunta, pero la había hecho porque me repugnaba la idea de ponerme en marcha y necesitaba una excusa. Los trabajadores se insultaban bromeando en sus dialectos, utilizaban también en este caso argumentos locales. Se acusaban de tener escaso sentido de las distancias (ellos también habían encontrado una excusa, pero para divertirse) y, por fin, se pusieron de acuerdo: me iba a llevar cuatro horas.

—Si se da prisa, llegará pronto —dijo una voz a mi espalda. Miré quién había hablado: un joven rubio. Mas bien tímido, cuando lo miré se trabucó al repetir lo que pensaba, que no era una ironía. Las pastillas contra el dolor que había tomado mientras hacía el camino de bajada me habían quitado el apetito. El calor, en el vado, era insoportable. Empecé la subida, pero no había hecho cien metros cuando oí que alguien me llamaba: el trabajador rubio venía hacia mí. Cuando lo tuve cerca, dijo:

—Si toma el atajo tardará menos de la mitad.

Se quedó allí venga a mirarme, como esperando a que le preguntara dónde estaba el atajo.

¿Dónde había visto antes a aquel joven? Tenía una de aquellas caras amables que tienen algunos obreros, de esas que se han visto alguna vez, quizá al asomarse por la ventanilla de un tren. ¿Estaría prestando yo más atención a su belleza de lo que convenía?

He vuelto a pensar con frecuencia en aquel joven (debía de tener alma de ayudante servicial), pero quisiera que no hubiera dudas sobre la importancia de su participación en esta historia. Era solo un trabajador deseoso de serme útil y de hacerme coger un buen atajo. Dios me libre de insinuar ni siquiera la sospecha de que aquel fuera solo una comparsa y que a su intervención se deba lo que me pasó después.

A los dos minutos llegamos al desvío. Le ofrecí un cigarrillo, pero lo encendió mal: sopló en lugar de aspirar, como hacen los que no saben fumar. Había aceptado por timidez y me miraba con los ojos del inferior al que se premia.

—No tiene pérdida —dijo como si estuviera en deuda conmigo. Y añadió un comentario gracioso que, sin duda, había oído por ahí; le daba vergüenza decirlo, pero se decidió—: Siga el olor de los mulos muertos.

—Lo sé, gracias.

Hubo una gran mortandad entre los mulos de la Intendencia y los senderos de África apestaban a mulo muerto, a restos de muertos devorados por los carroñeros nocturnos, a calaveras con los dientes al aire y llenas de gusanos.

—Buena suerte, mi teniente. —Y el obrero se alejó al trote.

Este deseo de buena suerte colmó el vaso del mal humor, quiero decir que me pareció exagerado invocar la ayuda de la fortuna en aquella ocasión. No iba a entrar en una batalla cuerpo a cuerpo, no iba a atravesar los Alpes. Sólo tenía que seguir un atajo y llegar a la cresta, al borde del altiplano. Sólo tenía que encontrar un camión para por la noche poder pasar las páginas de un libro acostado en una cama, la primera tras dieciocho meses.

Con todo, después de que el trabajador me lanzara sus augurios como el que lanza un desafío, estuve tentado de volver atrás. Toqué el tronco de un árbol para alejar el mal fario, pero los árboles de aquel bosque eran de cartón piedra, saldos del almacén del universo. «Solo un atrecista sin escrúpulos puede haberlos traído a esta tierra tan a trasmano», dije. Y, con paso decidido, emboqué el atajo.





Quizá llevaba una hora de camino cuando vi el camaleón; buen bicho. Cruzaba el sendero con la cautela del ladrón que camina sobre el alero de su hotel preferido. Calmo, honestamente asustado por aquella África llena de insidias, ponía una pata delante de la otra con delicadeza. Verme los zapatos no podía turbarlo más de lo que ya estaba ni añadir dudas a si debía proseguir o no. Tras observarlos un buen rato, dudoso de si debía pasar por encima de ellos o no, les dio la espalda. Se fiaba de mi sentido del honor. No iba a hacerle daño, no iba a distraerlo de la cuidada búsqueda de comida que llevaba a cabo.

«¿Un cigarrillo?». Le metí el cigarrillo encendido en la boca. Se echó a andar mientras fumaba, como buen diplomático, cada vez más sorprendido de seguir vivo, pronto a cambiar la colilla por una mosca, dispuesto a todo, ¡pero infinitamente perezoso él también!

Miré el reloj, que marcaba las diez. Hacía que caminaba, pues, una hora y veinte minutos. La senda era estrecha, y a veces se desdoblaba antes de volver a reunirse poco después: bastante agradable, demasiado agradable, alguna cuesta corta y largos tramos en llano. Este detalle me hizo pensar que me había equivocado, y el que hiciera media hora que no veía restos de mulos podridos al sol. Pero esto tenía una explicación: los mulos no mueren en las piedras miliare, no se distribuyen ordenadamente en el camino, aunque se hayan acostumbrado a la disciplina militar. Encontraréis tres en un hoyo en conversación misteriosa y luego haréis diez kilómetros sin ver ni uno. De hecho, me parecía que no hubiera

ascendido más de un centenar de metros respecto al lecho del río. El altiplano se erguía todavía ante mí, más nítido, aunque la espesura me impidiese, a veces, tenerlo a la vista.

Proseguí: sabía que los atajos se aceptan, no se discuten. Podía, de repente, desembocar en el borde del altiplano, cerca de una humeante cocina del batallón de complementos, quizá en un estacionamiento para camiones; así son los atajos.

Me quité de la cabeza la idea de haberme equivocado y seguí adelante. No estaba cansado; es más, mantenerme ayuno me daba sensación de ligereza en las piernas y en el cuerpo. La mochila no iba muy cargada. Me molestaba, en cambio, la enorme pistola a la cintura, y estuve tentado de echarla a la mochila, pero iba solo y, por añadidura, en un bosque desconocido, entre peligros que no podía y no quería imaginar para no desmejorar el paseo hacia cuatro días de libertad. Añádase el dolor de muelas, que reaparecía de vez en cuando; sordo, lejano, pero pronto a hacerme gritar de repente. Me quedaban tres pastillas.

¿Y si, en lugar del camaleón, una hiena matutina, harta de buscar cadáveres, está dispuesta a cambiar de gustos? Más que la hiena horroriza el rastro de estiércol que deja y que el nativo te señala, sonriendo con asco, cuando lo ve por los caminos.

No, nada de hienas. Salen solo de noche, y es una lástima que no hablen de literatura, como los amigos que dejé en el país, porque sabría cómo sortear las horas de insomnio.

Sí, me había equivocado, me había equivocado en todos los sentidos. Primero, al coger el atajo; segundo, al seguir aquel. De hecho, no cruzó nunca la carretera, como había supuesto ingenuamente. Si no la cruzaba no podía parar coche alguno, aquel coche del que me llegaba ahora claramente el ruido. Estaba a unos tres kilómetros y subía una cuesta.

Estuve atento al ruido con una inquietud que no sabía explicarme. Como la senda se dirigía hacia el norte, es decir, hacia el altiplano, me puse en marcha de nuevo; me había equivocado, sí, pero tampoco hay que hacer un drama. Iba a llegar en apenas dos horas, pues ahora la senda iba directamente hacia el norte y se empinaba.

Atravesé un torrente seco (había algunas pozas de agua más o menos limpia, y los mismos árboles de siempre, árboles malditos,

aunque verdes) y volví a la senda, que se abría paso entre la espesura tachonada de termiteros. Pájaros negros levantaban el vuelo a mi paso e iban a posarse más adelante, entre graznidos. Tenía la sensación de ser seguido y observado, pero quizá se tratase solo de cansancio y de mal de muelas, el tenaz dolor de muelas. Comencé a silbar y pensamientos agradables me llenaron la cabeza de inmediato; sobre todo, el de estar de permiso. Luego, incluso pensé en la carta que me quemaba en el bolsillo y que podía releer de inmediato si quería, la querida carta que llevaba conmigo. Intenté comprender algunas palabras poco claras, escritas deprisa y a las que atribuía un valor excesivo. Quizá esas pocas palabras podían ser suficientes para responder a las preguntas ansiosas que me hacía, y sufrí la desilusión habitual cuando las descifré: eran palabras sin un significado especial, palabras de esas que están destinadas a ser escritas con prisas, incluso aunque las escriba una mujer muy calma. «Lástima», me dije.

Hierbajos altos complicaron el bosque e impedían la vista, lo que hizo que me detuviera de nuevo a considerar la situación. Estaba en el valle de un afluente del río. Me había alejado, pues, tanto del puente como del altiplano, pues el borde del altiplano aparecía ahora confundido o mezclado con los montes de a lo lejos. Aparecía excavado por el lecho del afluente, que nacía más al norte. Veía el pequeño cauce, que los árboles apenas dejaban adivinar, desde arriba.

Una paz antigua, este lugar. Todo idéntico a como fue el primer día, como estaba el día de la gran inauguración. No parecía difícil llegar hasta el riachuelo, pero ¿qué razón podía empujar al hombre a hacerlo? No la necesidad de servirse de él para viajar, no la pesca, que aquí no se practica; mucho menos la necesidad de calmar la sed, pues el agua abunda en el altiplano y nadie viviría en esta zona de calores. ¿El placer de una excursión? Los indígenas son más bien contrarios a ese tipo de comitivas. Si me hubiera acercado hasta el lecho habría encontrado rastros de animales y nada más. Ni siquiera parecía haber un sendero, y me hubiera tocado inventarlo. ¿Por qué razón? Sin embargo, se me ocurrió la idea de acercarme, y esto de tan radicada que tengo la idea de acometer empresas inútiles. ¿Seré solo un apático? Empiezo a sospecharlo.

Una brisa ligera erizaba la tranquila superficie del río. Lo miré mejor y vi que era un viejo tronco en descomposición. Pero el tronco hizo un gesto y desapareció: se trataba, pues, de un cocodrilo o, quizá, solo una iguana. Desde allá arriba no podía adivinar las dimensiones. «Quizá me espere a mí», pensé intentado sonreír. Pero era difícil que pudiera echarme a reír, y seguí adelante por el bosque. Desapareció la senda.

Empecé a preocuparme. Deprisa, desanduve un kilómetro, quizá dos, en dirección al puente, pero intentando ir hacia arriba. Reparé demasiado tarde en una precaución que debería haber tomado, la de dejar de vez en cuando trozos de papel en los árboles. ¿Cuántas veces nos habíamos reído del oficial que se adentraba en los bosques con un rollo de papel y dejaba una marca cada cincuenta pasos, y además las numeraba? Ahora, volver a encontrar el camino bueno implicaba perder mucho tiempo. Caminé deprisa y, de haber alcanzado el primer torrente, hubiera debido caminar dos horas más, o algo así, antes de encontrar el puente y, allí, soportar que los obreros me miraran irónicamente. Y el trabajador rubio me hubiera preguntado «¿ha olvidado algo?». Sí, no hubiera dicho nada más.

Volver atrás: sí, era una buena solución, si hubiera encontrado el torrente. Pero estaba claro que el torrente nacía exactamente en el punto en el que lo atravesé. Si no encontraba aquel punto era inútil pensar en el torrente.

Había otra solución: trepar en línea recta hacia el altiplano. El altiplano no era un espejismo, estaba allí y, superados cuatrocientos o quinientos metros de desnivel, lo habría alcanzado. Afronté, pues, el primer barranco y llegué a otro claro semejante al que había dejado atrás: los mismos árboles, idéntica plana soledad. Eso era: una terraza tras otra y objetivo cumplido; quizá estuviera más cerca de lo que podía imaginar. «Ánimo», grité. Aunque me irritara haberme metido solo en aquel desastre propio de aficionados, decidí salir por mí mismo y alcanzar el borde del altiplano antes de que se pusiera el sol por detrás de la cresta del otro lado. Por eso me di ánimos y reemprendí la subida, pero, alcanzada la tercera terraza, me vi perdido.

Tenía delante una pared de basalto. A la izquierda, la terraza caía a plomo. Podía seguir la senda a la derecha, pero ¿por qué

añadir peligros a una empresa desafortunada ya de por sí? Inútil era alejarse más del puente. Podría haber intentado ir por la izquierda, pero era igualmente inútil, pues el sendero no dejaba atrás la pared y se perdía en un barranco. ¿Buscar una vía de escape ante aquel basalto rusiente, con el riesgo de quedarse perdido y al sol? «Venga, decídate, vuelve por donde has venido», me dije.

Se olía, pero no quería hacerme ilusiones, se olía el hedor de la carroña, hedor a mulo muerto. Quizá estuviera a salvo. Busqué con la mirada y la mano se fue instintivamente hacia el revólver mientras el corazón me daba un vuelco. El culo en tierra, un abisinio me miraba. Se había apoyado en una roca, se sujetaba el cráneo seco con una mano y me miraba, fijamente, sin mover un músculo, con un ojo abierto y el otro entrecerrado.

El muro de piedra devolvió el grito, pero el abisinio no se movió. Solo los cuervos —lúgubre fuego artificial— echaron a volar a su espalda. Los cuervos volvieron poco después.

Me alejé deprisa y al poco apareció otro cadáver. Tumbado, la mano inmóvil señalaba hacia el cielo. Tras este, otro guerrero, también boca arriba, la cabeza apoyada en los antebrazos y sumida en una calma suprema: quizá prestaba atención todavía a las palabras del otro que le señalaba el cielo. Yacían al lado de los restos del campamento: bidones de petróleo vacíos, cenizas de una fogata entre dos piedras. Sobre las piedras, una olla en la que algo hacía tiempo que había dejado de cocer.

Esta vez, la ardilla que se detuvo a mirarme, y con cara simpática, no me hizo reír. Me repetía a mí mismo que, si hubiera perdido la calma, allí que me hubiera quedado. Si hubiese echado a correr (como me apetecía hacer), si para vencer el miedo me hubiera puesto a gritar, ¿qué hubiera conseguido? Debía pensar con calma, reposar un tiempo a la sombra del árbol menos desagradable. Pero esta era la chatarra que quedaba de los buenos propósitos anteriores, los que ya no era capaz de controlar. El reloj dejó de funcionar.

¿Y ese ruido? Aguzaba el oído para recuperar el reconfortante ruido de un camión, pero estaba demasiado apartado, ¡lejísimos!

Desplegué el mapa y busqué el río y el pueblo en el altiplano que debería haber sido el fin de la primera etapa. Del río partían varios senderos, encontré el paso; es decir, dónde estaba el puente.

El mapa era extraordinariamente sumario, el riachuelo no aparecía y los nombres de los senderos servían solo para demostrar el romanticismo que había inspirado al topógrafo. Incapaz de entregar a quien se lo encargó un mapa con tanto espacio vacío, había añadido —caprichosamente— frases breves: «Lugar de reposo de pastores», o «es fácil encontrar aquí avestruces». Solo entonces reparé en que el mapa era antiquísimo, que quizá lo habían impreso hacía cincuenta años.

Me rearmé de valor, entre risas, y conseguí que los nervios se me distendieran. Debo advertir que el sonido de la voz, extraña a mí mismo en aquel lugar, rompió al instante aquella alegría fútil y me sumió en una oscura inquietud. «De aquí no salgo», pensaba. La idea de pasar la noche entre cadáveres y de despertarme con la imagen de la mano que señalaba hacia el cielo me pareció insostenible. Volví a mirar el mapa. Había una senda, quizá la que había abandonado hacía poco, o quizá el atajo que no había sabido tomar. De nombre, Harghez.

Me puse en marcha, descendí las dos terrazas, desanduve el bosque. Una hora después, agotado, me senté al lado de un termitero.